

# LAS MANOS DE BLANCA

Theodore Sturgeon

## LAS MANOS DE BIANCA

La madre llevaba a Bianca cuando Ran la vio por primera vez. Bianca era rechoncha y pequeña, el cabello grasiento y dientes podridos. Tenía la boca torcida y babeaba. O era ciega o no le importaba chocar contra las cosas. En realidad no importaba, porque Bianca era imbécil. Sus manos...

Eran manos preciosas, manos elegantes, manos suaves y tersas y blancas como copos de nieve, manos cuyo color tenía un leve tinte rosado como el brillo de Marte en la Nieve. Descansaban juntas sobre el mostrador, mirando a Ran. Estaban allí medio cerradas y agazapadas, latiendo con un movimiento como el del jadeo de una criatura salvaje, y miraban. No observaban. Después lo observaron. Ahora miraban. No había duda, porque Ran sentía aquella mirada conjunta, y su corazón latió con fuerza.

La madre de Bianca exigió queso con voz chillona. Ran se lo llevó a su ritmo mientras ella lo reprendía. Era una mujer resentida, como tiene derecho a serlo cualquier mujer que no sea esposa de ningún hombre y madre de un monstruo. Ran le dio el queso y guardó el dinero y nunca se dio cuenta de que no era suficiente, a causa de las manos de Bianca. Cuando la madre de Bianca trató de agarrar una de ellas, la manó se escabulló alejándose del contacto no deseado. No se levantó del mostrador, sino que corrió sobre las puntas de los dedos hasta el borde y saltó a un pliegue del vestido de Bianca. La madre la agarró del dócil codo y la llevó afuera.

Ran se quedó allí junto al mostrador, inmóvil, pensando en las manos de Bianca. Ran era fuerte y bronceado y no muy listo. Nunca le habían enseñado nada sobre la belleza y lo extraño, pero no necesitaba ese tipo de enseñanza. Tenía hombros anchos y brazos pesados y gruesos, pero ojos grandes y suaves y pestañas gruesas. Ahora las pestañas eran como cortinas. Ahora, con ojos soñadores, estaba viendo de nuevo las manos de Bianca. Le costaba respirar...

Regresó Harding. Harding era el dueño de la tienda, un hombre grande cuyas facciones apenas podían separar las mejillas.

—Barre la tienda, Ran —dijo—. Hoy cerramos temprano.

Después se fue detrás del mostrador.

Ran buscó la escoba y se puso a barrer despacio.

—Vino una mujer a comprar queso —dijo de pronto—. Una mujer pobre, vestida con ropa muy vieja. Vino con una muchacha. No recuerdo qué aspecto tenía esa muchacha, sólo que... ¿quién era?

—Las vi salir —dijo Harding—. La mujer es la madre de Bianca, y la muchacha es Bianca. No sé el apellido. Casi no hablan con la gente. Ojalá no vinieran aquí. Date prisa, Ran.

Ran hizo todo lo necesario y guardó la escoba. Antes de irse, preguntó:

—¿Dónde viven, Bianca y su madre?

—Del otro lado. En una casa sin calle, lejos del pueblo. Buenas noches, Ran.

Ran fue directamente de la tienda al otro lado, sin esperar la cena. Encontró la casa con facilidad, pues sí estaba alejada de la calle, y se levantaba groseramente sola. Los vecinos habían aislado la casa rodeándola de campos sin cultivar.

—¿Qué quieres? —dijo con dureza la madre de Bianca al abrir la puerta.

—¿Puedo entrar?

—¿Qué quieres?

—¿Puedo entrar? —preguntó Ran de nuevo. La mujer hizo como si fuera a dar un portazo, pero se apartó—. Entra.

Ran entró y se quedó. inmóvil. La madre de Bianca atravesó la habitación y se sentó en la sombra, debajo de una vieja lámpara. Ran se sentó frente a ella, en un taburete de tres patas. Bianca no estaba en la habitación.

La mujer trató de hablar, pero la vergüenza le ahogó la voz. Se refugió en su amargura y no dijo nada. Siguió espionando a Ran, allí sentado con los brazos cruzados y la luz vacilante en los ojos. Sabía que ella hablaría pronto, y podía esperar.

—Bueno... —dijo la mujer, y después calló un rato, pero ya había perdonado esa intromisión. Entonces agregó—: Hacía mucho tiempo que no venía nadie a verme; mucho tiempo... Antes era diferente. Yo era una chica bonita...

Mordió las palabras y su cara salió de las sombras, arrugada y fofa mientras se inclinaba hacia adelante. Ran vio que estaba derrotada e intimidada y no quería que se rieran de ella.

—Sí —dijo él con voz suave.

La mujer suspiró y se reclinó en la silla, de manera que su cara volvió a desaparecer. Por el momento no dijo nada; se quedó allí sentada mirando a Ran, que le caía bien.

—Éramos felices, los dos —reflexionó—, hasta que vino Bianca. A él no le gustaba, pobre criatura, como no me gusta a mí ahora. Se fue. Yo me quedé con ella porque era su madre. Me iría, pero la gente me conoce, y no tengo un céntimo... Me obligarían a volver con ella, a cuidarla. Pero ahora no importa mucho, porque la gente me quiere tan poco como a ella...

Ran movió los pies, incómodo, porque la mujer estaba llorando.

—¿Tiene sitio para mí en esta casa? —preguntó.

La cabeza de la mujer salió a la luz.

—Le daré dinero todas las semanas —se apresuró a decir Ran—, y traeré mi propia cama y mis cosas.

Temía que la mujer no aceptase.

Ella volvió a fundirse con las sombras.

—Si quieres —dijo, temblando ante ese golpe de suerte—. Aunque no sé por qué... pero supongo que si tuviera algo que cocinar, y una buena razón para hacerlo, podría lograr que este sitio fuese acogedor. Pero... ¿por qué?

Se levantó. Ran atravesó la habitación y la empujó obligándola a sentarse de nuevo en la silla. La miró desde arriba.

—No quiero que me vuelva a preguntar eso —dijo, hablando muy despacio—. ¿Me oye?

La mujer tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Volveré mañana con la cama y con las cosas —dijo Ran.

Dejó a la mujer debajo de la lámpara, parpadeando en la oscuridad, rumiando el sufrimiento y el asombro.

La gente hablaba.

La gente decía: «Ran se ha mudado a la casa de la madre de Bianca.» «Debe de ser porque...» «Ah —decían algunos—, Ran siempre fue un chico raro. Debe de ser porque...» «Oh, no —decían otros, consternados—. Ran es un chico tan bueno. No sería capaz de...»

Se enteró Harding, que asustó a la mujer entrometida que se lo contó.

—Ran es muy callado, pero es honrado y hace su trabajo. Mientras venga aquí por la mañana y se gane su sueldo, puede hacer lo que quiera, donde quiera, y no tendré derecho a impedirselo.

Dijo eso con tanta vehemencia que la mujer no se atrevió a agregar nada.

Ran estaba muy feliz viviendo allí. Hablando poco, empezó a aprender cosas sobre las manos de Bianca.

Observaba cómo le daban de comer a Bianca. No lo hacían aquellas manos, pequeñas y encantadoras aristócratas. Eran hermosos parásitos que sacaban su vida animal de aquel cuerpo pesado y rechoncho que las transportaba, y no le daban nada a cambio. Se quedaban a los lados del plato, latiendo, mientras la madre de Bianca llevaba la comida a aquella apática y babeante boca. Aquellas manos se mostraban tímidas ante la hechizada mirada de Ran. Sorprendidas allí desnudas a la luz, sobre la mesa, se alejaban sigilosamente hasta el borde y desaparecían de la vista, dejando sólo cuatro yemas rosadas aferradas al mantel.

Nunca se levantaban de una superficie. Cuando Bianca caminaba, las manos no se le balanceaban libremente, sino que se le enroscaban en la tela del vestido. Y cuando se acercaba a una mesa o a la repisa de la chimenea y se detenía, trepaban con suavidad y saltaban, aterrizando juntas, en silencio, vigilantes, latiendo de aquella manera peculiar.

Se cuidaban mutuamente. No tocaban a la propia Bianca, pero una mano acicalaba a la otra. Era el único trabajo que estaban dispuestas a hacer.

Tres noches después de su llegada, Ran trató de agarrarle una mano. Bianca estaba sola en la habitación, y Ran se le acercó y se sentó a su lado. Ella no se movió, y sus manos tampoco. Descansaban sobre una mesa pequeña delante de ella, acicalándose. Entonces fue cuando realmente empezaron a observarlo. Lo sintió hasta el fondo del encantado corazón. Las manos seguían acariciándose una a la otra, pero sabían que él estaba allí, sabían de su deseo. Se estiraron delante de él de manera lánguida, pícara, y la sangre latió con ardiente fuerza dentro de Ran, que sin poder resistir alargó una mano y trató de agarrarlas. Era fuerte, y su acto fue repentino y torpe. Una de las manos pareció desaparecer, debido a la rapidez con que se dejó caer en el regazo de Bianca. Pero la otra...

Los gruesos dedos de Ran se cerraron sobre ella y la tomaron prisionera. La mano se retorció y casi estuvo a punto de liberarse. No sacaba fuerzas del brazo donde vivía, porque los brazos de Bianca eran flácidos y débiles. Su fuerza, como su belleza, era intrínseca, y sólo al cambiar la presión al hinchado antebrazo pudo Ran capturarla. Tan decidido estaba a tocarla, a retenerla, que no vio cómo la otra mano saltaba del regazo de la muchacha idiota y aterrizaba, agazapada, sobre el borde de la mesa. Se irguió,

encrespando los dedos como una araña, y saltó y se le cerró sobre la muñeca. Apretó terriblemente, y Ran sintió cómo los huesos cedían y crujían. Con un grito, soltó el brazo de la muchacha. Las manos se juntaron y se exploraron, palpándose en busca de algún pequeño rasguño, algún diminuto daño que él hubiese podido hacerles movido por la pasión. Mientras estaba allí apretándose la muñeca, vio cómo las manos corrían hasta el otro lado de la pequeña mesa, se aferraban al borde y, con una contracción, arrancaban a la muchacha de su lugar. Ella no tenía voluntad propia, pero las manos ¡vaya si tenían! Arrastrándose por las paredes, agarrándose a oscuros y precarios asideros, la llevaron fuera de la habitación.

Y Ran se quedó allí sentado, sollozando, no tanto por el dolor en el brazo cada vez más hinchado sino por la vergüenza ante lo que había hecho. Quizá se las podría haber ganado si hubiera actuado de otra manera, más delicada...

Ran tenía la cabeza inclinada, pero de repente sintió la mirada de aquellas manos. Levantó la vista con suficiente rapidez como para ver que una se deslizaba entrando pegada a la jamba de la puerta. Así que había regresado para ver... Ran se levantó pesadamente, dispuesto a irse y llevarse su vergüenza. Pero se vio forzado a detenerse en la puerta como se habían detenido las manos de Bianca. Miró con disimulo y vio cómo entraban en la habitación arrastrando a la dócil idiota. La llevaron al largo banco donde Ran se había sentado con ella. La hicieron sentarse, se arrojaron sobre la mesa y empezaron a deslizarse de una manera muy curiosa. Ran comprendió de repente que de alguna manera lo tenían en cuenta. Las manos se regocijaban y bebían con avidez, deleitándose con sus lágrimas.

Después, durante diecinueve días, las manos obligaron a Ran a hacer penitencia. Sabía que eran inmaculadas e implacables; no se mostraban, sino que se escondían siempre en el vestido de Bianca o bajo la mesa. Durante esos diecinueve días, la pasión y el deseo de Ran aumentaron. Más aún: su amor se volvió un amor verdadero, pues sólo el amor verdadero conoce la veneración, y la posesión de las manos fue desde entonces para Ran la razón de su vida, la meta vital que esa razón le había dado.

Finalmente lo perdonaron. Lo besaban tímidamente cuando él no miraba, lo tocaban en la muñeca, lo apretaban y mantenían la presión durante un dulce momento. Fue en la mesa... Sintió que lo invadía una poderosa energía, y miró las manos, que ahora habían vuelto al regazo de Bianca. Un potente músculo de la mandíbula le tembló una y otra vez, se hinchó y se aflojó. La felicidad, como una luz dorada, lo inundó; la pasión lo espoleó, el amor lo encarceló, la reverencia era el oro de la luz dorada. La habitación giró a su alrededor y dentro de él parpadeaban unas fuerzas inimaginables. Luchando consigo mismo, pero relajado por ese momento glorioso, Ran se quedó inmóvil, más allá del mundo, esclavizado pero dueño de todo. Las manos de Bianca se sonrojaron, y si alguna vez unas manos se sonrieron mutuamente, fueron éstas.

Ran se levantó bruscamente, arrojando lejos la silla, sintiendo la fuerza de la espalda y de los hombros. La madre de Bianca, que ya había perdido la capacidad de asombrarse, lo miró y enseguida apartó la mirada. Había algo en los ojos de Ran que no le gustaba, y comprenderlo la perturbaría, y no quería tener problemas. Ran salió de la habitación y de la casa, para estar solo y quizá aprender algo más acerca de esa cosa nueva que lo había

poseído.

Atardecía. El sinuoso horizonte bebía el sol, lo arrastraba hacia abajo, lo succionaba con avaricia. Ran estaba en una loma, con las ventanas de la nariz abiertas, sintiendo la profundidad de los pulmones. Aspiraba el aire fresco y le olía a nuevo, como si de veras contuviera las sombras del crepúsculo. Tensó los músculos de los muslos y miró los puños lisos y sólidos. Levantó las manos por encima de la cabeza y lanzó un grito tan fuerte que el sol se puso. Lo miró, sabiendo lo grande y alto que era, lo fuerte que era, sabiendo el significado de la añoranza y de la pertenencia. Y entonces se acostó en la tierra limpia y lloró.

Cuando el cielo se enfrió lo suficiente como para que la luna siguiese al sol más allá de las colinas, y todavía una hora más tarde, Ran regresó a la casa. Encendió una luz en la habitación de la madre de Bianca, donde ella dormía sobre un montón de ropa vieja. Ran se sentó a su lado y dejó que la luz la despertara. La mujer se volvió hacia él y soltó un quejido, abrió los ojos y retrocedió.

—Ran... ¿Qué quieres?

—A Bianca. Quiero casarme con Bianca.

El aliento silbó entre las encías de la mujer.

—¡No!

No era una negativa, sino asombro. Ran le tocó el brazo con impaciencia. Entonces la mujer se echó a reír.

—Casarte... con Bianca. Es tarde, muchacho. Vuelve a la cama, y por la mañana habrás olvidado esto, este sueño.

—Quiero saber si me dará a Bianca por esposa. No me he acostado todavía —dijo Ran, pacientemente pero empezando a enfadarse.

La mujer se incorporó y apoyó el mentón en la rodillas debilitadas.

—Haces bien en pedírmelo, porque soy su madre. Además, Ran, has sido bueno con nosotras, con Bianca y conmigo. Tú... tú eres un buen chico, pero, perdóname que te diga que eres un poco tonto. Bianca es un monstruo. Lo digo a pesar de lo que soy de ella. Haz lo que quieras, y jamás diré una palabra. Tú sabrás lo que haces. Lamento que me lo hayas pedido, porque me has dado el recuerdo de estas palabras. No te entiendo; pero haz lo que quieras.

Iba a ser una mirada, pero le clavó los ojos al verle la cara. Ran puso las manos detrás de la espalda, y la mujer supo que hacía eso para no matarla.

—Entonces ¿me casaré con ella? —susurró.

La mujer asintió, aterrorizada.

—Como quieras.

Ran apagó la luz y se fue.

Ran trabajaba duro y ahorraba el sueldo, y construyó una hermosa habitación para Bianca y para él. Hizo un sillón mullido y una mesa que era como un altar para las manos sagradas de Bianca. Había una cama magnífica, y telas pesadas para ocultar y ablandar las paredes, y una alfombra.

Se casaron, aunque les llevó tiempo. Ran tuvo que buscar mucho para encontrar a alguien dispuesto a hacer lo necesario. El hombre vino de lejos y se fue enseguida, para que nadie se enterase, y nadie se metió con Ran y con su mujer. La madre habló en nombre de Bianca, y la mano de Bianca tembló de manera aterradora al sentir el anillo, se retorció y forcejeó y después se quedó quieta, ruborizada y hermosa. Pero estaba hecho. La madre de Bianca no protestó porque no se atrevió. Ran era feliz, y Bianca... bueno, a nadie le importaba Bianca.

Después de casarse, Bianca siguió a Ran y a sus dos novias a la magnífica habitación. Lavó a Bianca y usó ricas lociones. Le lavó y le peinó el cabello, y se lo cepilló muchas veces hasta que brilló, para que concordara más con las manos que él había desposado. Nunca tocaba las manos, aunque les daba jabones y cremas y utensilios con los que ellas podían arreglarse solas. Las manos estaban encantadas. Una vez una de ellas le subió por la chaqueta y le tocó la mejilla y lo llenó de alegría.

Las dejó y volvió a la tienda con el corazón lleno de música. Trabajó más duro que nunca, y Harding estaba tan satisfecho que le permitió irse a casa temprano. Usó esas horas para caminar por la orilla de un arroyo, mirando el sol en la superficie del agua cantarina. Llegó un pájaro y voló alrededor de él en círculos, aleteando sin temor dentro del aura de alegría que lo envolvía. La delicada punta de un ala le rozó la muñeca con el toque del primer beso secreto de las manos de Bianca. La música que lo colmaba formaba parte de la naturaleza de la risa, del discurrir del agua, del sonido del viento en los juncos a orillas de la corriente. Ansiaba aquellas manos, y sabía que podía ir ahora y apretarlas y poseerlas; pero en vez de hacer eso se acostó en la orilla y se quedó sonriendo, perdido en la dulzura y el dolor de la espera, negando el deseo. Se rió de pura alegría en un mundo sin odio, contenido en las inmaculadas palmas de las manos de Bianca.

Al oscurecer se fue a casa. Durante toda aquella comida nupcial las manos de Bianca se enroscaron en una de las suyas mientras él comía con la otra y la madre de Bianca daba de comer a la muchacha. Los dedos se enganchaban unos en otros y en los de él, de manera que las tres manos parecían estar forjadas con una sola carne para convertirse en una cosa de encantador peso en el extremo de su brazo. Cuando estuvo bastante oscuro, fueron a la habitación hermosa y se acostaron dónde él y las manos pudieran ver, por la ventana, las estrellas limpias y brillantes que salían nadando del bosque. La casa y la habitación estaban oscuras y silenciosas. Ran era tan feliz que casi no se atrevía a respirar.

Una mano le revoloteó en el pelo, le bajó por la mejilla y se arrastró hasta el hueco de la garganta. Sus latidos imitaban los latidos del corazón de Ran, que abrió sus propias manos y las cerró, como para atrapar y retener ese momento.

Pronto la otra mano se arrastró subiendo y se unió a la primera. Durante cosa de una hora se quedaron allí, pasivas, con su frescor apoyado en el tibio cuello de Ran. Las sentía con la garganta, cada protuberancia, cada pequeña parte lisa. Se concentró, con la mente y el corazón en la garganta, en cada parte de las manos que lo tocaban, sintiendo con todo su ser primero un toque y después otro, aunque el contacto era allí inmóvil. Y sabía que ocurriría pronto, muy pronto.

Como obedeciendo una orden, Ran se puso boca arriba y hundió la cabeza en la almohada. Mirando los vagos tapices oscuros que colgaban de la pared, empezó a

comprender para qué había trabajado y soñado tanto tiempo. Hundió aún más la cabeza y sonrió, esperando. Aquello sería posesión, culminación. Respiró hondo, dos veces, y las manos comenzaron a moverse.

Los pulgares se le cruzaron sobre la garganta y las yemas de los dedos se le fueron asentando una por una debajo de las orejas. Durante un largo momento se quedaron allí quietas, reuniendo fuerzas. Entonces, juntas, en perfecta armonía, cooperando unas con otras, se pusieron rígidas, duras como piedra. La presión seguía siendo suave, suave... No, ahora le estaban transmitiendo su rigidez, que se transformaba en contracción. Lo hicieron poco a poco, con una presión moderada y pareja. Ran seguía en silencio. Ahora no podía respirar, y tampoco quería hacerlo. Tenía los enormes brazos cruzados sobre el pecho, los puños cerrados debajo de las axilas, la mente sosegada por una gran paz. Ahora pronto...

Olas de envolvente y maravilloso dolor empezaron a ir y venir. Veía un color imposible, sin luz. Arqueó la espalda sobre la cama, arriba, arriba... Las manos empujaban hacia abajo con toda su oculta fuerza, y el cuerpo de Ran se dobló como un arco, apoyado en los pies y los hombros. Arriba, arriba...

Algo dentro de él, no importa qué —los pulmones, el corazón— estalló. Aquello estaba terminado.

Había sangre en las manos de la madre de Bianca cuando la encontraron por la mañana en la hermosa habitación, tratando de aliviar el cuello de Ran. Se llevaron a Bianca y enterraron a Ran, pero ahorcaron a la madre de Bianca porque trató de hacerles creer que aquello lo había hecho Bianca, Bianca cuyas manos estaban totalmente muertas y le colgaban de las muñecas como hojas secas.